

JUAN AVELLANEDA



FLASHING LIGHTS

UNA NOVELA SOBRE MODA,
PODER Y SECRETOS DE PASARELA

LUNWERG | Narrativa

Flashing lights

Juan Avellaneda

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 1970 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Juan Avellaneda, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid

lunwerk@lunwerk.com

www.lunwerk.com

www.instagram.com/lunwerk

www.x.com/Lunwerklibros

www.facebook.com/lunwerk

Diseño y maquetación: Lunwerk, 2025

Primera edición: junio de 2025

Depósito legal: B. 2.253-2025

ISBN: 978-84-10378-95-7

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain – Impreso en España



París, noviembre del 2025

El frío de París no daba tregua, pero Inés González apenas lo notaba. Lo único que importaba era el reflejo impecable de su *bar jacket* Dior en el retrovisor del coche: una pieza maestra de la alta costura, con un corte estructurado y detalles meticulosos que realzaban su figura con un aire de sofisticación innata. Había pasado años como una de las modelos españolas más cotizadas y, desde que se retiró, parecía estar decidida a vivir como si el foco de las cámaras nunca se hubiera apagado. Mientras tanto, Olympia, encogida en su asiento y envuelta en un abrigo de Alaïa, se debatía entre la timidez y el poder de una armadura de lujo; su silueta ceñida y caída perfecta desafiaba el implacable invierno parisino, intentando pasar desapercibida mientras su madre daba instrucciones con la precisión de un cirujano.

—Si hay fotógrafos a la entrada, espera un segundo antes de bajar. El impacto está en los detalles, Olympia. Los franceses adoran *le timing*. —Inés ajustó el cinturón de su falda tubo y lanzó una rápida mirada de reojo, evaluando a su hija como si fuese un accesorio más de su propio look. No parecía satisfecha.

El coche que las había recogido en el aeropuerto atravesó las imponentes puertas de hierro del lujoso hotel Shangri-La,

un palacete que perteneció a un sobrino de Napoleón Bonaparte. La fachada de piedra clara, perfectamente iluminada, se alzaba en unos elegantes escalones frente al río Sena, mientras la Torre Eiffel se asomaba en la distancia, discreta pero siempre presente. Bajo la marquesina de hierro y cristal, un portero uniformado abrió la puerta del automóvil con una precisión casi coreografiada. Al girar hacia la entrada del Hôtel de Crillon, los flashes comenzaron a estallar incluso antes de que el coche se detuviera, capturando cada instante de glamur. Desde la ventanilla, Olympia observó cómo debutantes, envueltas en metros de seda y organza, desfilaban hacia las puertas como cisnes perfectamente entrenados, en una escena sacada de un cuento de hadas..., si es que los cuentos de hadas vinieran con etiquetas de diseñador.

—Por el amor de Dios, Olympia, no pongas esa cara. Pareces una invitada colándose en un desfile de alta costura. Estás en Le Bal. Compórtate como tal. —La voz de Inés sonó como un látigo, pero no lo suficientemente fuerte como para disimular los nervios en su propio tono. Después de todo, Inés González no estaba acostumbrada a ser solo un espectador. Ella vivía para ser el centro de todas las miradas.

Olympia soltó un suspiro y ajustó su abrigo mientras el chófer abría la puerta. Podía sentir el peso de los ojos de su madre clavados en su nuca, listos para juzgar cada uno de sus pasos. Mientras bajaba del coche, murmuró para sí misma:

—*Bienvenue au show, ma chérie!*

Olympia salió primero, algo torpe al bajar, y sintió la humedad del aire frío pegándole en las mejillas. Su madre, en cambio, descendió con una calma medida, como si estuviera acostumbrada a que el mundo se detuviera para mirarla. A sus cuarenta y seis años seguía siendo una de las mujeres más hermosas que Olympia había visto jamás. Su cabello,

que ella sabía que se teñía de color chocolate cada tres semanas sin falta, lucía sedoso y brillante, enmarcando un rostro redondeado, de pómulos marcados y frente amplia. Olympia habría matado por unos pómulos como esos, y por unos labios tan jugosos y bien delineados como los de Inés González. Solo había heredado de ella sus ojos castaños, ligeramente almendrados y de inusitado brillo, uno de sus rasgos más destacados.

Subieron los escasos peldaños hasta la puerta principal, donde otro portero abrió con precisión cronometrada, revelando un corredor de mármol ajedrezado. Inés no perdió ni un segundo. Con la seguridad de alguien que había pasado más tiempo en hoteles cinco estrellas que en su propia casa, avanzó hasta el mostrador, ignorando los intentos de su hija por no parecer una turista perdida.

—*Bonjour*. La suite, por favor —dijo Inés al llegar al mostrador, con una sonrisa medida, tan afilada como encantadora.

Las recepcionistas se movieron con rapidez, una tomando el teléfono y otra revisando algo en el ordenador, como si esa simple frase hubiera activado un mecanismo invisible que nadie se atrevía a cuestionar. Mientras tanto, Olympia se quedó un paso atrás, observando. Era su zona de confort: un lugar seguro desde donde podía contemplar cómo su madre dominaba cualquier situación sin siquiera pestañear.

Si algo había aprendido, era que nunca, jamás, debía eclipsar a Inés González. Era un juego en el que nadie, ni siquiera París, podía ganar.

Olympia todavía no tenía muy claro qué estaba haciendo allí. A diferencia del resto de las debutantes —o eso suponía—, aquel evento no representaba para ella ninguna meta cumplida. Habría sido igual de feliz si la hubieran dejado continuar

con sus prácticas en la empresa de su padre, el famoso empresario textil Arnaut Graf von Hassen. Había sido él, sin embargo, quien había orquestado todo aquel espectáculo, tras dos años batallando para que su única hija fuera admitida como debutante por los organizadores del sonado evento. Olympia sabía lo importante que era aquel acto para él, no solo como padre de una de las escasas jóvenes aceptadas, sino como diseñador de alta costura con el expreso deseo de «modernizar» su empresa de cara a la generación de su hija. A pesar de todo, ella tenía sus dudas.

El estilo de su padre, aunque impecable, seguía atrapado en un lujo clásico que, francamente, ya no tenía el mismo impacto en el mundo actual. Sus diseños eran elegantes, sí, pero también predecibles: siluetas estructuradas, materiales nobles y esos inevitables detalles ornamentales que parecían sacados de otra época. Olympia no podía evitar pensar que aquello era un bonito intento de jugar seguro, pero ¿quién quería seguridad cuando podías tener algo que quitara el aliento?

Firmas como Schiaparelli, con su descarada teatralidad y su surrealismo de otro mundo, estaban marcando el ritmo. Eran atrevidas, inesperadas, y convertían cada pieza en una declaración. Siluetas que parecían esculturas, detalles que nadie veía venir. Eso era lo que resonaba ahora. Comparado con eso, el estilo de su padre era... cómodo. Bello, sí, pero como una vieja película que te encanta, aunque sabes que nadie va a hablar de ella en una cena.

Para Olympia, el reto que su padre quería afrontar con su empresa no iba a solucionarse con más de lo mismo. Por muy bonitos que fueran sus diseños, no dejaban huella, no contaban una historia. Y, en la alta costura, o provocas o desapareces. A pesar de todo, estaba dispuesta a hacer el esfuerzo. Quería demasiado a su padre como para negarle nada.

—Olympia, por favor, podrías alegrar un poco esa cara —le reprochó su madre, ya camino del ascensor.

—Mi cara está como siempre —se defendió.

—Deberías haberte recogido el pelo —continuó Inés—. El rostro despejado te favorece.

Olympia contempló su imagen en el espejo del ascensor, mientras el botones pulsaba el botón del tercer piso. Su cabello rubio, largo y liso hasta media espalda, caía a ambos lados de su rostro ovalado y de facciones suaves y armoniosas, en el que destacaban sus grandes ojos castaños, el único rasgo que había heredado de su madre. A ella no le parecía que el pelo suelto la desfavoreciese, al contrario. Su madre, en cambio, llevaba su melena peinada hacia atrás y recogida en un elegante moño, lo que a su juicio endurecía sus rasgos. Inés González se movía con la elegancia de una pantera y en ese momento parecía encontrarse en su elemento.

El botones las condujo hasta las dos habitaciones intercomunicadas que iban a ocupar y aguardó a que la mujer de más edad hiciera un breve recorrido dando su aprobación antes de desaparecer con la propina en el bolsillo. Olympia habría preferido que las habitaciones estuvieran separadas, pero en eso, como en tantas otras cosas, no había podido elegir.

De todos modos, pensó, debía reconocer que las estancias eran espectaculares, muy al estilo rococó, con grandes lámparas de araña colgando del techo, pesados cortinajes, cuadros clásicos en las paredes y muebles de maderas nobles. Nada de eso, sin embargo, atrajo su atención más que unos segundos. Se dirigió hacia la puerta que conducía a la terraza compartida y contempló la Torre Eiffel elevándose hacia las nubes, con el río casi besándole los pies. Aunque se había criado a caballo entre París y Madrid, la imagen de aquella torre de acero siempre lograba sobrecogerla y tenía la sensación de

que, cada vez que la miraba, la veía diferente. Como si se tratase de una señal, las luces de la torre se encendieron contra el cielo vestido de añil.

—Esta noche cenaremos en la habitación. —La voz de su madre sonó a su izquierda. Ella también había salido a la terraza.

—¿Qué? —Olympia volvió la cabeza hacia ella—. ¿Por qué?

—Debes estar descansada para mañana.

—¿Y salir a cenar me dejará agotada? —inquirió, mordaz—. Estamos en París, mamá.

—Has estado en esta ciudad miles de veces.

—Pero no contigo.

Vio a su madre hacer una mueca, con la mirada fija en las luces parisinas. Sus padres llevaban divorciados desde que ella tenía tres años. Inés había retornado a Madrid con ella para iniciar una nueva vida y Arnaut se había quedado en París, que era su ciudad. Olympia se había pasado toda su infancia y su adolescencia de un lado a otro.

—Ya tendremos tiempo de hacer turismo cuando todo esto acabe —zanjó su madre.

Unos golpes sonaron en la puerta de la habitación de Olympia, que se volvió hacia el interior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Inés.

—Alguien llama.

—Quizá son los organizadores.

Su madre se llevó las manos a la cabeza para comprobar su peinado, del que no se había soltado ni un solo mechón, mientras Olympia entraba en el cuarto y se dirigía hacia la puerta. Intuía que la visita no iba a ser del agrado de su madre.

—¡Oly! —Su padre se encontraba al otro lado y le dio un corto abrazo y un par de besos antes de atravesar el umbral—. *Tu es magnifique!*

«Estás magnífica.» Olympia bajó la mirada para contemplar el vestido que se había puesto para el viaje. No era solo un vestido, era puro drama hecho a medida. La cintura, tan ceñida que apenas podía respirar, marcaba una silueta de reloj de arena que parecía sacada de una película antigua. La falda, amplia y llena de volumen, caía justo hasta la mitad de la pantorrilla, balanceándose con cada movimiento como si tuviera vida propia. El corpiño, ajustado y con un escote recatado pero estratégico, estaba lleno de pequeños detalles: pliegues perfectamente colocados, botones forrados que brillaban lo justo y necesario, y un aire de lujo discreto que no necesitaba gritar para hacerse notar.

El tafetán gris perla emitía un leve destello bajo las luces, como si quisiera asegurarse de que nadie se perdiera el espectáculo. Los bordados y encajes eran tan sutiles que casi tenías que acercarte para apreciarlos, pero ahí estaba la magia: era un vestido que no solo llamaba la atención, sino que obligaba a que lo mirasen dos veces. No era solo elegante, era un golpe maestro, pero extremadamente anticuado.

Era, por supuesto, diseño del hombre que la contemplaba orgulloso. Con cincuenta y siete años ya cumplidos, Arnaut Graf von Hassen no era especialmente atractivo, aunque poseía un aura magnética que conseguía que su cabello canoso y su ganchuda nariz pasaran casi desapercibidos. Su frente había ido ganando terreno en los últimos años y ahora lucía algunas pequeñas manchas debidas a la edad. De él y de su abuela paterna, Isabelle Graf von Hassen, había heredado Olympia su cabello lacio y rubio. Por el modo en que los hombros se le pusieron rígidos de repente supo que su madre había entrado también en la estancia.

Sin necesidad de volverse, podía sentir la electricidad en el aire, ese enfrentamiento silencioso que siempre surgía entre

sus padres cuando estaban en la misma habitación, como si intentaran ver quién podía dominar el espacio sin pronunciar una palabra.

—Arnaut... —lo saludó, fría.

—Inés... —Su padre inclinó la cabeza ligeramente—. Estás tan arrebatadora como siempre.

Olympia contuvo la respiración, esperando el inevitable cruce de comentarios venenosos. Esta vez, el motivo era la gabardina de su madre: un diseño con las solapas redondeadas en tono marfil de la colección *ready-to-wear* de Giambattista Valli, nada menos que uno de los mayores rivales de su exmarido. Si su padre reconoció el detalle —y ella estaba casi segura de que lo hizo—, no dijo absolutamente nada. Un triunfo pequeño, pero inesperado.

—¿Lista para salir a cenar? —Arnaut se dirigió a Olympia.

—Hemos pensado en pedir algo al servicio de habitaciones —contestó su madre en su lugar.

—Tonterías. —Arnaut hizo un ademán con la mano—. He reservado en Caviar Kaspia Esta es una ocasión especial.

—No es buena idea —insistió Inés—. Mañana a primera hora Oly tiene la sesión de fotos y un largo día por delante.

—Solo son las seis de la tarde —contrató su padre—. Antes de las nueve estará metida en la cama.

El tono de ambos se iba endureciendo por momentos y Olympia temió que la confrontación se les fuera de las manos.

—¿Puedo opinar? —interrumpió entonces—. Ya que se trata de mí y que soy yo la que mañana tiene que parecer presentable, opto por salir a cenar y regresar pronto al hotel.

—¡Bien! —Arnaut no pudo disimular una sonrisa de triunfo.

—Haced lo que queráis. —La voz de Inés sonó cortante—. Yo voy a darme un baño y a pedir algo.

—¿No nos acompañas? —Olympia se mostró un tanto decepcionada.

Sabía que lo mejor era que aquellas dos personas no pasaran juntas más tiempo del estrictamente necesario, pero hacía demasiado que no estaban los tres juntos. Inés negó con la cabeza y regresó a su habitación, cerrando la puerta que comunicaba ambas estancias con delicadeza, como si no quisiera demostrar lo ofendida que estaba, como si en realidad todo aquello careciese de importancia.

Solo que Olympia sabía que no era así.

Le Bal era más que un evento benéfico. Era una pasarela de poder, prestigio y apellido. Aunque oficialmente se celebraba el sábado, el viernes por la mañana tenía lugar el primer acto: el gran encuentro entre debutantes, familias y, por supuesto, fotógrafos. Era el momento de lucir los vestidos, posar para las fotos oficiales y, lo más importante, conocer al *cavalier*, ese acompañante cuidadosamente seleccionado para completar el cuadro de perfección.

Los *cavaliers* también pasaban por un riguroso filtro. Nobles de linajes centenarios, deportistas de élite, hijos de actores reconocidos o jóvenes de familias empresariales o políticas influyentes. Muchas debutantes traían a su propio *cavalier*, generalmente un hermano o primo, pero los padres de Olympia, en un acto de pragmatismo (o para evitar disputas entre ambos), habían dejado que la organización se encargara de buscarle uno. Los requisitos eran claros: edad adecuada, altura proporcional, idioma común y, por supuesto, un poco de química, al menos sobre el papel.

A pesar de que Olympia consideraba todo aquel espectáculo algo sacado de una época pasada —incluso con

su toque benéfico—, no podía evitar sentirse curiosa. Las historias sobre los participantes anteriores eran legendarias: hijas de príncipes y duques, pero también retoños de Hollywood como Bruce Willis, Sylvester Stallone, Forest Whitaker, Reese Witherspoon (a quien Olympia adoraba, por cierto) y justo el año anterior Gwyneth Paltrow con su hija. Incluso la nieta de Sean Connery había hecho su aparición, acompañada nada menos que por el nieto de Gregory Peck, quienes, para rematar, habían anunciado que eran pareja justo después del evento.

Con este historial, no era difícil entender por qué Le Bal tenía la reputación de ser una de las fiestas más glamurosas del mundo. Aunque para Olympia seguía siendo un espectáculo algo anticuado, tenía que admitir que pocas cosas podían competir con el nivel de perfección coreografiada que estaba a punto de presenciar.

Flanqueada por sus padres, que apenas habían intercambiado un breve saludo de buenos días, Olympia entró en el enorme salón designado para la primera toma de contacto. Sus pies se detuvieron en seco ante la afluencia de personas y fue necesario que su madre le diera un empujoncito por la espalda para que recordara cómo caminar. Allí se encontraban las veintidós debutantes con sus respectivos padres, además de igual número de caballeros con sus familias. También estaba allí Ophélie Renouard, la organizadora del evento, luciendo un impecable vestido celeste de Prada bordado con pedrería que captaba la luz desde cada ángulo. Olympia no pudo evitar notar que incluso su postura parecía ensayada. A su lado, Stéphane Bern, el periodista y presentador oficial, conversaba animadamente con un grupo de padres, mientras gesticulaba con el encanto calculado de alguien que estaba acostumbrado a ser el centro de atención.

Ambos se aproximaron sonrientes a darles la bienvenida.

—*Formidable!* —comentó la mujer mientras estrechaba la mano de Olympia—, ya estamos todos.

Perfecto. Habían sido los últimos en llegar. Todas las miradas convergieron en el trío, que Ophélie acompañó hasta el centro de la estancia. Y luego, como si su llegada hubiera marcado el pistoletazo de salida, fue nombrando a cada chica, que tenía que dar un paso al frente y saludar, y al *cavalier* que iba a acompañarla. Olympia no perdía detalle, mientras su padre le susurraba al oído quién era quién. Todas le parecían muy jóvenes y, evidentemente, preciosas, no en vano la buena presencia era un requisito imprescindible. La joven proveniente de la India, con sus grandes ojos almendrados, era de una belleza exquisita, igual que la originaria de Japón, tan delicada como una muñeca de porcelana. Sin embargo, la que más le llamó la atención fue una *royal* mexicana llamada Sofia Iturbide y Huarte. A diferencia de las demás, que mostraban cierto aire tímido, parecía totalmente segura de sí misma, con los hombros hacia atrás y la cabeza bien alta. Su sonrisa resultaba cautivadora, igual que el brillo de sus grandes ojos, y Olympia se descubrió devolviéndole la sonrisa de forma totalmente involuntaria.

Como había llegado en último lugar, ella fue la última también en ser presentada e imitó a sus compañeras, procurando adoptar una pose desenvuelta a la par que elegante, justo como su madre le había enseñado a hacer y como esa misma mañana habían vuelto a practicar.

Fue entonces cuando lo vio acercarse y le presentaron a su *cavalier*: Étienne de Bascher. Olympia ya lo había notado antes, destacando entre la multitud, pero luego había desaparecido tras el muro de padres, debutantes y jóvenes acompañantes que llenaban la sala. Ahora estaba frente a ella, y vaya

si no decepcionaba. Alto, con ese tipo de atractivo que parecía salido directamente de una campaña publicitaria, su cabello oscuro caía en un peinado perfectamente desordenado, y sus ojos azules eran, francamente, de infarto.

Étienne la miró, le sonrió con una mezcla de seguridad y encanto devastador, y Olympia sintió un cosquilleo extraño entre las costillas. Intentando no parecer afectada, alzó la mano, imitando el gesto que había visto hacer a las demás debutantes. Él la tomó con elegancia y la besó, apenas rozándola, con la clase de recato que solo hacía que el momento pareciera aún más teatral.

—Encantado, Olympia —le dijo, en un tono de voz grave y meloso.

—Oly —replicó ella, en un susurro.

—¿Qué?

—Puedes llamarme Oly —respondió—. Todos mis amigos me llaman así.

—Oly entonces. —Le guiñó un ojo antes de soltarle la mano y regresar junto a sus padres, en los que ella se fijó con atención.

Por supuesto, conocía a su padre. Era un actor francés famosísimo, de esos que aparecían en todas partes, y hacía poco lo había visto en una de esas series de Netflix que no salían del Top 10 durante semanas. Seguía siendo atractivo, aunque había pasado su mejor momento; de joven debía ser absolutamente irresistible. A su lado estaba la que supuso era su esposa, una mujer deslumbrante con unos ojos azules imposibles, los mismos que había heredado su hijo.

Olympia no tenía ni idea de quién era ella, pero, por suerte, su padre acudió al rescate, como siempre. En voz baja, le susurró el nombre del actor y añadió el de su esposa: hija de un magnate francés que había tenido la brillante idea de

casarse con él a los veinte años. Ahora dirigía una galería de arte de prestigio en París, como si la perfección genética no fuera suficiente.

Ophélie, la organizadora, los condujo entonces a una sala adyacente donde se habían preparado unas largas mesas para el desayuno y donde se esperaba que las chicas y sus acompañantes comenzaran a conocerse. Como movida por una fuerza magnética, los pasos de Olympia la condujeron hacia Étienne, que daba muestras de estar esperándola.

—¿Estás lista para el evento más importante de la temporada? —preguntó él con un tono ligero, casi burlón.

—Todo lo lista que puedo estar, supongo —respondió Olympia, con una sonrisa que se esforzaba por parecer amable—. ¿Y tú?

—Lo mismo. —Se encogió de hombros con indiferencia estudiada—. Aunque, sinceramente, este no es mi lugar ideal para pasar la noche.

—Ah, entiendo. —Olympia bajó la mirada hacia sus zapatos de Roger Vivier, cuyos brillos eran tan exagerados que casi podía verse reflejada en ellos.

—No tiene nada que ver contigo, lo juro —se apresuró a añadir Étienne, notando su gesto—. Y lamento si soné grosero. Supongo que para ti esto debe ser uno de los momentos más importantes de tu vida.

—Te equivocas.

—¿De verdad? —La miró con renovado interés, y Olympia sintió cómo el azul de sus ojos la desarmaba por un instante.

—Fue idea de mis padres —dijo finalmente, echando un vistazo rápido por encima del hombro para asegurarse de que no la estaban escuchando. Para su alivio, su padre parecía profundamente concentrado en una conversación animada

con el de Étienne, mientras sus madres intercambiaban frases cortantes disfrazadas de cortesía.

—Mi caso es igual. Fue mi padre quien insistió en que me inscribiera como candidato —confesó él, con una media sonrisa que suavizó la confesión.

—Entonces tenemos más en común de lo que pensaba —respondió Olympia con un deje de sorpresa.

Por primera vez, Olympia empezó a pensar que quizá, solo quizá, Le Bal no sería tan horrible como había imaginado. No porque hubiera cambiado de opinión sobre el evento, sino porque ahora sabía que al menos no lo viviría completamente sola.